



**La navidad
del carpintero**

No dude en compartir el enlace de este libro electrónico con sus amigos. Se puede publicar o compartir el enlace o hacer una impresión parcial o completa del texto, no obstante, favor de no hacer modificación alguna o publicar u ofrecer copias del libro electrónico para descarga en sitios aparte de la lista abajo o por otro servicio de descargas. Si desea obtener copias múltiples o reimprimir partes del texto en un boletín o publicación, favor de atender las siguientes restricciones:

- No se permite la reproducción de ningún material con fines lucrativos.
- Debe incluirse la siguiente advertencia:
“Copyright 2012 por The Plough Publishing House. Usado con permiso.”

Este libro electrónico es una publicación de Plough Publishing House,
Rifton, NY 12471 USA (www.plough.com)
y Robertsbridge, East Sussex, TN32 5DR, UK

Copyright © 2012 Plough Publishing House
Rifton, NY 12471 USA

La navidad del carpintero

Peter K. Rosegger

Al fin se terminó, el enérgico barrer y fregar, y la cacería de mugre, de esta larga y agitada semana durante la cual nada, ni un sólo mueble ni una sola decoración de pared, quedó en su lugar, hasta que cada pieza de madera había sido limpiada, cada piedra blanqueada y cada pieza de metal pulida. Ahora la casa resplandece en inmaculada limpieza.

La calma después de una tormenta siempre ocasiona un solemne efecto, más aún cuando el niño Jesús está por llegar. En un rincón de la casa hay una cuna preparada. Quienes lleven zapatos se los deben quitar, y quienes anden con calcetines de puntillas deben andar, porque —Él duerme.

La patrona iba y venía afanosamente de cuarto en cuarto; ella tenía que ver que todo estaba bien, sin marcar el piso; revisar todos los baúles, armarios y ventanas sin tocar nada para que todo mantuviera su inmaculada belleza. El viento sacudía las ventanas, soplando nieve hasta el último rincón, y casi anochecía en el cuarto por la oscuridad del cielo. En la sala, sobre la mesa cubierta con mantel blanco había un crucifijo, una veladora encendida, y una vasija de barro con una rama de cerezo cortada el día de Santa Bárbara tres semanas atrás, a punto de florecer esa noche. Sus capullos brillaban, se ensanchaban como si en cualquier momento estallarían en flor.

La mujer corrió a la puerta, la abrió despacio, levantó su dedo índice y susurro: ‘Schh’ en la cocina, donde la criada hacía demasiado ruidito con los trastes. “Schh, que el niño Dios está durmiendo”.

La patrona se encontraba en un profundo estado de devoción. Su

pelo canoso se enrolló alrededor de su cabeza en dos trenzas; ella se había puesto su pañuelo rojo y su delantal de seda. Con un rosario en sus manos cruzadas se sentó en el sillón junto a la mesa y no podía pensar en nada mas que: ¡La nochebuena! y ¡El niño Dios!

De repente hubo un estallido en el rincón. Su esposo el carpintero, quien estaba acostado en la banca contra la pared, se dio vuelta y golpeó tan fuerte con su codo el respaldo de una silla que se estampó contra el suelo.

“Schhh,” ella susurró, levantándose. “Oye, pero que persona tan inquieta eres tu”.

“¿Yo? ¿Inquieto?” Él pasó su mano sobre su cara. “¿No puede un hombre dormir más? ¿No puedes dejarme en paz?”

“Si no quieres rezar, hombre, por lo menos cállate. Y tu tampoco debes dormirte”.

“Pero, vieja, cuando un hombre duerme, hace el mínimo ruido”.

“Así que tú piensas eso. Pues cuando haces más ruido, es cuando duermes. Si no le pegas a una silla agitando los brazos, le haces un hoyo a la pared. Cualquiera pensaría que hay aquí por lo menos dos aserraderos y una máquina trilladora”.

“Sí, y se deben apagar los aserraderos y la máquina trilladora en la nochebuena”, contesto él tranquilamente, incorporándose.

“Oye, aquí no digas tonterías, por favor, busca una buena oración navideña”.

Ella agarró el devocionario de la repisa, limpió con el delantal la cubierta desgastada—sí, ya estaba empolvado de nuevo—y lo puso sobre la mesa.

“¿Cuál es tu problema?” él le preguntó, tranquilo. “Cuando toquen las campanas, voy a rezar muy bien. Pero ahorita sólo

quiero dormir un poquito más”.

“¡No discutas!” gritó ella, impaciente, dando patadas a un taburete debajo de la mesa.

Él la miró, sonrió y le dijo. “Mujer, ni siquiera la edad te ayuda, ¡tu simplemente no vas a cambiar!”

“¡Mira quién habla!” respondió ella. “Un hombre ha de recordar por lo menos en un día como este, que tiene sobre él agua bendita. ¿No tienes ni un poquito de fe en ti? ¿No sabes que mañana es navidad?”

“¿Estoy haciendo algo mal?”

“Tampoco estas haciendo algo bien. Ándale, busca una oración de navidad”.

“Nunca he dejado que nadie me ordene a ser devoto. Si no viene del corazón...”

“¿A ti? ¿Venir del corazón? ¡Jesús, María y Jose, será una larga esperara! A lo largo de toda la semana eres tan anticristiano que es un escándalo. Los días Santos están hechos para la devoción”.

“¡No fastidies!”, replicó el carpintero, enojado. “Si un hombre trabaja duro toda la semana y hace su labor en nombre de Dios y no le hace daño a nadie, entonces él tiene que ser sumamente devoto los domingos, ¿no es así? ¿Mujer, por qué, que clase de hombre hace eso?”

“Ya te dije, reza y cállate. El santo Cristo despertará bastante pronto y Él viene a juzgar a vivos y muertos... Jesús, María y Jose, ¿qué es eso?”

Por un momento se puso muy oscura la habitación, como si un paño negro hubiera cubierto la ventana; entonces un ruido sordo, y afuera un torbellino salvaje de nieve. El carpintero fue a la ventana y miró fuera. La tormenta había arrancado una rama

gruesa del viejo abeto ubicado frente a la casa.

“¡Ay Dios mío, Dios mío, qué día!” retorciéndose las manos, se quejó la mujer. “Esto es un mal agüero para un año sin paz”.

“Si el diablo no te lleva, será sólo eso”, refunfuñó amable el carpintero.

“Hoy me niego a discutir contigo”, respondió ella con fría superioridad. “Sólo espera a que termine el día. Entonces verás a quién se lleva el diablo”.

Ella agarró un pequeño frasco de agua bendita y lo roció todo en la habitación, especialmente en su marido. El la miró de mal humor y rehusó moverse.

“Él ni siquiera hace la señal de la cruz cuando lo roció con agua bendita”.

Ella se apresuró a la cocina y regresó con una pila de brasas encendidas, esparció incienso por toda la casa según la antigua costumbre de navidad, cerca de la mesa, la cama y al final a su marido, a cuyas narices atacó el incienso con tanta vehemencia que comenzó a maldecir y abrió la ventana.

Abrió la ventana justo a tiempo. Además del silbido del viento se oían voces animadas en el camino. El viento había causado mucho daño en el pueblo: el techo de la viuda Cenzi había sido arrancado, de modo que desde arriba uno podía mirar la madriguera de los niños.

“Eso les pasa porque esa gente no reza”, dijo la esposa del carpintero con desprecio. “Jesús, María y Jose, así es la vida en este mundo. ¡Se arruinó toda la nochebuena! Y ahora en vez de decir sus oraciones navideñas, él se larga. ¿Quién, te pregunto, está para protegernos, pues nuestro querido Señor en el cielo?”

La viuda Cenzi tenía tres niños pequeños, el mayor estaba en cama

con fiebre escarlatina. A ella nadie la quería mucho en el pueblo y se decía que a veces en el otoño cosechaba papas en donde ella no había plantado ninguna. Ahora el techo de su choza fue derribado, con las tejas desparramadas en el camino, la viuda tropezando alrededor con sus hijos buscaba ubicarlos con algunos vecinos amables. Nadie quería albergar al niño con fiebre escarlatina hasta que el maestro ofreció cuidarlo; sin embargo, se retractó por temor de llevar la infección a la escuela. También la esposa del carpintero fue abordada, quien no tenía hijos, pero ella no quería echar a perder la nochebuena por un niño enfermo. Finalmente el cura del pueblo se acordó que aquel a quien esperaban esa misma noche había dicho que quien recibe a un niño lo recibe a Él — aunque él no estaba muy seguro de la cita exacta. Así entonces, con amabilidad y la ayuda de la cita, arregló con su ama de llaves que el niño enfermo se quedara en la vicaría hasta que el techo de la choza pudiera ser reparado, por lo menos temporalmente.

El carpintero había salido. Con voz más fuerte que el viento, llamó a sus vecinos y oficiales quienes llegaron con escaleras, herramientas y tablas. En el pueblo hubo martillazos y serrucho que duraron toda la noche bajo la luz de las antorchas improvisadas — mucho más para el horror de la buena mujer del carpintero, quien valoraba más que todo lo demás la santa calma y la divina paz de la nochebuena. “¿Cómo podrá florecer la rama del cerezo con todo este alboroto? ¿Cómo podrá dormir el niño Jesús?”

Cuando las campanas de la iglesia sonaron para la Misa de Gallo, los hombres todavía gritaban y martillaban en el techo de la viuda Cenzi. Y mientras que la feligresía cantaba en la iglesia, el golpeteo y los rechinos metálicos de clavos y herramientas competían aún con el ruido estruendoso de la tormenta en el que las mujeres, despojadas de su buen humor de la nochebuena, quedaron horrorizadas positivamente. Al final, cuando todas las campanas repiquetearon al unísono y el órgano regocijó el punto culminante de la misa, los hombres que ayudaban a reparar el techo saltaron y se dirigieron también a la iglesia; y el carpintero se descubrió sólo

con dos de sus oficiales en el esqueleto del techo. Ahora la tormenta parecía soplar más fuerte, intentando derribar una vez más lo que las manos de los hombres habían acabado de construir.

El carpintero esperaba terminar el techo antes del amanecer. Cuando vio que la mayoría le había abandonado y que hasta los niños que llevaban las antorchas las habían dejado caer en la nieve y corrieron a la iglesia, comenzó a gritar maldiciones.

“¡Al diablo con esos malditos hipócritas! Estos casi le laman los pies a nuestro buen Señor, pero al mismo tiempo permiten a estos infelices morir de frío. Ellos pondrán en cuclillas en las bancas hasta que se pudran. Pero Dios en el cielo no puede estar muy satisfecho con ellos. ¡Qué camada de víboras! Oye cómo cantan: “Gloria a Dios en las alturas” y ve los cómo besan la imagen de cera del Niño Jesús y lo acarician como si fuera una muñeca, mientras que estos pobrecitos están a punto de estirar las patas por el frío”.

Cuando se acabó la misa y la gente salía de la iglesia, el carpintero todavía estaba en el techo, trabajando y maldiciendo. Un hombre le dijo a otro, “Pobre bato, se volverá completamente loco si no lo ayudamos; y quizá seamos poco culpables de su blasfemar. Vamos a echarle una mano. Podemos terminar ese techo en menos de una hora”.

Pero otro hombre se puso frente al que hablaba, y dijo: “¿Vecino, de veras, crees tú que yo sería tan anticristiano para trabajar en la santa madrugada de la Navidad?” Pero su modo fue tan mojigato que el efecto fue totalmente diferente de lo que él pretendía.

“¿Oíste eso?” preguntó alguien. “Cuando veo tanta hipocresía, prefiero al carpintero y a sus maldiciones; y yo, por mi parte, voy ayudarlo a terminar el techo”.

Otros también se unieron a él. Se prendieron de nuevo las antorchas y el serrucheo y el martilleo empezó otra vez con tal

vigor renovado que la esposa del carpintero, en desesperación, se cubrió los oídos con las manos. “No se puede dormir ni se puede rezar con tanto ruido. Y ese—ese pagano esposo mío prefiere más a una mendiga mujer que al Niño Jesús, y ni siquiera lo ha dejado descansar en su cuna... ¡que Dios lo perdone!”

Cuando salió el sol el día de Navidad, un viento helado todavía soplaba sobre los techos y en varios hastiales aún bailaban nubes de nieve. Pero el techo de la viuda Cenzi se fijó y ajustó firmemente, un buen fuego chisporroteaba en su estufa y la mujer con sus niños habían regresado a su casa. El carpintero se había echado en su cama, vestido todavía con abrigo y botas, roncando con buena voluntad. Su esposa desde la puerta lo miró con disgusto.

Ella no se podía calmar, se sentía miserable. Incluso antes de la misa solemne fue a la vicaría, pero apenas podía decir una sola palabra entre sollozos. —Qué mujer tan infeliz era ella, por fin logró tartamudear, por tener a tal esposo. De verdad, normalmente él era silencioso y trabajador, pero ¡no tiene religión! ¡Ni siquiera un poquito! Y si ella fuera a vivir hasta alcanzar los cien años, ¡jamás olvidará esa noche!

“No dijo ni un padre nuestro, tampoco le dio la bienvenida al niño Jesús ni siquiera con una oracioncita. ¿Qué final le espera a tal hombre? Inclusive esta mañana la gente va de casa en casa diciéndose entre sí que nunca habían oído a alguien maldecir tanto en Nochebuena como a mi esposo. Usted mismo lo debe de haber oído, su Reverencia, después de la Misa de Gallo. ¡Estaba temblando mi alma!”

El cura se sentó con sus manos cruzadas en el regazo y sonrió con benevolencia a la mujer trastornada. “Por supuesto, he oído algo,” dijo, “pero pensé que era una oración”.

“¿Una oración?” Se quejó la mujer, alzando y cruzando las manos por encima de la cabeza, y luego dejándolas caer como si sufriera un ataque.

“Querida señora,” respondió el cura, “algunas personas tienen modos extraños de rezar. Por ejemplo, los judíos atan su cinturón de rezos alrededor de la cabeza y brazos cuando rezan. Otros sólo voltean las páginas de sus libros de rezos. Y otros pasan entre sus dedos las cuentas de sus rosarios. Pues bien, nuestro carpintero simplemente martillea clavos en tejas de madera durante su Padre nuestro”.

La mujer juntó las manos otra vez en desesperación. “¿Dijo ‘Padre nuestro’ su Reverencia? ¡Algún Padre nuestro que allá sido! Maldijo y gritó durante la santa misa. Si nuestro querido Señor no fuera tan generoso, ¡la tierra se lo habría tragado!

“Admito”, replicó el cura, “que desafortunadamente sus palabras pudieron haberse escogido mejor. Sin embargo, sus intenciones ciertamente fueron buenas. Y eso es lo que cuenta realmente. Mientras que gritaba y maldecía, yo estoy seguro que él no tenía otro pensamiento en su mente excepto proveer un techo a la pobre viuda y sus niños y su convicción de que otros hombres le debían estar ayudando. Probablemente todos oramos anoche con devoción, pero tengo la idea de que la oración del carpintero con su serrucho y su martillo fue la que más satisfizo a Dios.”

“Ahora mismo”, gritó la mujer, “cuando los demás están camino a la Misa mas importante, ¡él está durmiendo como un burro!”

“Déjalo dormir, hija querida. Así como su trabajo fue su oración, también lo es su descanso”.

A medida que la mujer del carpintero salía, ella seguía sacudiendo la cabeza. No encontró ni pies ni cabeza de todo lo que el padre le había dicho. ¿A dónde iba a llegar el mundo? Si maldecir era rezar, entonces ¿qué significa rezar? Pero ella no llegó muy lejos en sus reflexiones.